

Escucha expresiones tiernas,
Y ya que no compasiva,
Muéstrate esta vez atenta.
Dejástenos... Ya se explican
Bastante las ansias nuestras,
Pues solamente en dejarnos,
Todos los males nos dejás.
Lutos viste Manzanares,
Y no se halla en sus riberas
Pastor que no se lamente,
Zagal que no gima endechas.
Por el pastoril avio
Que nos honraba las fiestas,
Sólo vestimos gabanes
Cortados de pieles negras.
No hay más música en los sotos
Que canciones lastimeras,
Quejas de tu tiranía,
Maldiciones á tu ausencia.
No se escucha en el contorno
Voz que lástima no sea,
Y hasta á el ganado parece
Que tiene el mal trascendencia.
Ya la inquietud bulliciosa
De las reses más traviesas
Es miserable balido,
Que adula al que las gobierna.
El recental más robusto
Enfermo paca la yerba,
Y más que el sangriento lobo,
Daña al hato su tristeza.
El can que en continuas luchas
Hizo alarde de sus presas,
O yace enfermo en la grama,
O no hay hora en que no duerma.
Los gallardos rabadanes,
Antes honor de estas vegas,
En la amarillez del rostro
Llevan de su mal las señas.
Y yo, á quien con razon
Tu ausencia infausta atormenta,
La acompaño con mis ansias,
La sigo con mis querellas.
Escándalo de estos bosques
Y lástima de estas selvas
Son los términos mortales
A que mi furor me lleva.
Mis reses descarriadas
A porfia se despeñan,
Y han perdido la memoria
De las mas trilladas sendas.
Quizás, por lisonjearme,
Duclos entre sí fomentan;
Que el desatiento del dueño
Hasta á sus apriscos llega.
Para aplacar tus desvíos,
Oficiosas mis ovejas,
Y por ser víctimas tuyas,
Al sangriento hierro vuelan.
No hay quietud en los rediles,
Ni en nuestros cotos se encuentran
Más que rencillosas luchas
Y escandalosas contiendas.
Todo el campo perturbado
Por todas partes se ostenta,
Más que ominosos indicios
De los males que en él reinan.
Todo en continuo desorden
Estará mientras no vuelvas;
Vuelve, porque tantos daños
Se atajen con tu presencia.
Pero ¿para qué procuro
Engañar así mis penas,
Cuando han de volver contigo
Tus esquivances primeras?

Satisfacciones á una calumnia.

ROMANCE.

Mal haya la infame lengua,
Hermoso dueño del alma,

Que á un mismo tiempo fomenta
Tus disgustos y mi infamia;
Mal haya el indigno pecho
En cuya envidiosa fragua
Dieron forja á tal mentira
Los celos ó mi desgracia;
Y mal haya mi fortuna,
Que me prodiga y recata
Las ocasiones de oírla
Y los medios de vengarla.
Parece que el mundo todo
En mi daño se declara,
Como que siente, bien mio,
Verte tan mal empleada.
Con ficciones y mentiras
Hacerme la guerra trata,
Por ser armas que él conoce
Que yo no sé manejarlas.
Sin apelar á invenciones,
La envidia en mi propio hallára
Deméritos que me humillen
Y defectos que me abatan.
Y sin recurrir al torpe
Villano medio que abraza,
De indiciar de sospechosas
De mi fino amor las ansias,
Quiera el cielo, Lisi mia,
Si acaso Fabio te agravia,
Que de tus hermosos ojos
Le falten las luces claras.
Las lágrimas con que riega
El terso papel que mancha,
En pena de su delito,
Le atosiguen la entrañas;
Estos ardientes suspiros,
Con que el ambiente se inflama,
Sirvan de hoguera en que el torpe
Vil corazón se deshaga.
En tus esquivances, Lisi,
Te encuentre siempre obstinada,
Y oiga siempre de tu boca
Sólo ultrajes y amenazas.
El sol sus luces le niegue,
Su claro cristal el agua,
El aire puro su aliento,
Y la tierra su morada.
Vengativo hierro corte
Su fementida garganta,
Y en su mal nacido pecho
Se embote su misma espada.
Pero bien seguro vive,
Mi bien, de desdichas tantas,
Quien cifra sus glorias todas
En idolatrar tus gracias.
Inventen mis enemigos
Imposturas temerarias;
Que yo tengo en mi amor tierno
Mi inocencia acreditada.
Y entre tanto, dueño mio,
Desprecia aprensiones vanas,
Falsos partos de la envidia,
Producciones de la rabia;
Que primero al firmamento
Cubrirán del mar las aguas
Que un punto mi amor decline
Ni mi fe, Lisi, decaiga.
Y hasta despues de la muerte
Unidas nuestras dos almas,
Geroglíficos serán
Del amor y la constancia.

Consideraciones de un amante desconfiado.

ROMANCE.

¡Qué triste despierta el alba,
Qué funestas y qué graves
De las cumbres de los montes
Condensadas nubes nacen!

¡Qué poco alumbra la clara
Antorcha del cielo errante,
Impedido su esplendor
De nublós y oscuridades!
¡Qué mudas están las selvas
Y qué callados los valles,
Que en silencio los poblados
Y cuán en quietud las aves!
Todo respira tristeza,
Todo en torpe sueño yace,
Todo es soledad y todo
Acompaña á mis pesares.
¡Qué mansas corren las fuentes,
Qué torpe susurra el aire!
No hay pastor que no sosiegue,
No hay despierto can que ladre.
Quiéto el redil, no se escucha
Res que rumie ni que bale;
Duerme el recental, asido
Del fiero pezon que lame.
Sólo yo, en tanta quietud,
No sosiego ni me cabe
Más descanso que en suspiros
Deshacerme ó exhalarne.
¡Por qué, Amarilis divina,
Contra mí esgrimes crueldades,
Sabiendo que acá en mi pecho
Tiene adoración tu imagen?
¡Qué motivo darte pudo
Mi fe para que la trates
Con desprecios y rigores,
Con desdenes y desaires?
No por ser deidad, presumas
De cruel y de fiera; que ántes
Es la piedad atributo
De las supremas deidades.
No dices que me aborreces,
Porque eres canta; pero haces
Lo que no quisiera hicieses,
Sólo por desagradarme.
Tu misma boca me ha dicho
Que primero que olvidases
Mi fineza te darían
Muerte tus mismos pesares.
En mis manos muchas veces
Ser mia siempre juraste.
¡Cómo tu palabra ultrajas,
Sacrilégamente fácil?
Yo no creo me aborrezcas;
Que están mis fidelidades
Satisfechas de no haber
Quien más que yo te idolatre.
Haber puede más dichoso
Alguno, y que por mi ultraje,
Yo sea el primero en quererte,
Y él lo sea en agradarte.
Más ricos, más poderosos,
Más augustos y más grandes
Podrá haber, pero no habrá
Quien sepa más estimarte.
Yo soy un pastor humilde,
Tan sólo rico de males;
Mas tengo un ánimo noble
Y un amor inestimable.
No creo de tí mudanzas
Ni otras traiciones infames;
Que eres noble, y si me agravia,
A tí misma agravios haces.
Pero aunque tú me aborrezcas,
Me olvides y me maltrates,
Jamás en mí encontrarás
Más que una pasión constante;
Y lo poco que viviere
Desde el punto que me aparte
De tí, será suspirando
Por tormentos que me acaben;
Adorando tu hermosura,
Idolatrando tu imagen;
Que éste es en pechos honrados
El modo de despícarse.

DON JOSÉ CADALSO.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

Quien examine con crítica é imparcialidad la historia literaria de nuestra nación durante el periodo que corrió desde el reinado de Felipe III hasta mediado el siglo XVIII, verá envueltos en la ruina del imperio español los conocimientos científicos, el buen gusto en la literatura y poesía, y la elegancia de la hermosa lengua castellana, que en los tiempos anteriores habia elevado la nación al mayor grado de gloria y prosperidad. Ni podrá verse sin dolor y asombro tan lastimosa y precipitada decadencia, ni dejar de mirar con cierto linaje de gratitud y respeto el celo ilustrado y la constante laboriosidad de los sabios que procuraron restaurar los buenos estudios, combatiendo errores y preocupaciones ya muy arraigadas y envejecidas.

Despues de don Ignazio de Luzan, que con su *Poética* señaló el camino, y con sus obras propias dió un ejemplo del buen gusto en nuestra poesía, pocos han tenido mayor influjo en tan feliz revolución como DON JOSÉ CADALSO. Si en los *Eruditos á la violeta* ridiculizó con graciosa ironía la hipocresía literaria de aquellos hombres presuntuosos y charlatanes que pretenden alucinar con una erudición universal, tan superficial y vana como dañosa al progreso de las ciencias; si en las *Cartas marruecas* censuró con suma discreción los vicios de nuestra literatura, de nuestra descuidada educación y de nuestras desarregladas y perniciosas costumbres; si en otros escritos lució siempre el ingenio, la gracia y la delicada ironía para corregir las preocupaciones dominantes en su tiempo, en sus poesías se vió renacer el gusto anacreóntico de Villegas, la ternura de Garcilaso, la sublimidad de Herrera y la agudeza satírica de Quevedo y de Góngora.

A dotes tan singulares unió CADALSO un carácter franco y afable, un genio festivo y ameno, y un conocimiento singular de los principales idiomas vivos de las naciones cultas; y esto contribuyó á extender y estrechar sus relaciones de amistad y correspondencia con los más floridos ingenios de su edad, dirigiéndolos por los buenos principios al templo de la gloria, sin aquellas rivalidades y enconos que, por desgracia, suelen ser tan comunes entre los literatos. Justo será, pues, que procuremos honrar la memoria de este célebre escritor con algunas noticias de su vida, ilustrando de este modo un periodo muy principal de nuestra historia literaria.

Nació DON JOSÉ CADALSO en la ciudad de Cádiz, á 8 de Octubre de 1741, y fué bautizado el martes 10 del mismo mes, en la catedral de aquella ciudad. Era originario de una familia antigua y solariega de Vizcaya, y por eso él mismo, en algunas partes de sus poesías, llama á este país su patria (1). Sus padres, don José de Cadalso y doña Josefá Vazquez de Andrade, despues de haberle dado una educación doméstica muy esmerada bajo la dirección de los jesuitas, le enviaron á París, donde estudió con mucho aprovechamiento las humanidades, las ciencias exactas y naturales, y las lenguas latina, francesa, inglesa, alemana, italiana y portuguesa; en cuyos conocimientos se perfeccionó durante los viajes que emprendió seguidamente por Inglaterra, Francia, Alemania, Roma, Nápoles y Portugal.

Volvió á España á la edad de veinte años, cuando se habia declarado la guerra con Portugal; y habiendo tomado en Diciembre de 1761 el hábito de la orden militar de Santiago en la iglesia de clérigos agonizantes de la calle de Fuencarral de Madrid, entró á servir de cadete, en 4 de Agosto de 1762, en el regimiento de caballería de Borbon, que ya estaba en campaña. En ella

(1) Al fiero de Cantabria, patria mia.
(*Tercetos á la Fortuna.*)

hizo importantes servicios, hallándose en el destacamento de Villa-Bella cuando los enemigos pasaron el Tajo, y en el sitio y rendición de Almeida. Es notable la ocurrencia que tuvo estando de centinela en una gran guardia, situada á la orilla de un río. Hablando con mucha propiedad en inglés con un oficial de esta nación, logró persuadirle era paisano suyo, y con este conocimiento pudo adquirir noticias importantes y prestar particulares servicios al general en jefe del ejército, Conde de Aranda, que le nombró edecan suyo y le manifestó desde entonces el mayor aprecio.

En 22 de Junio de 1764 recibió, en premio de estos servicios, el grado de capitán en el mismo regimiento de Borbon; en 15 de Setiembre de 1772 se le nombró capitán efectivo, sargento mayor en 11 de Enero de 1776, y comandante de escuadrón en 21 de Abril de 1777.

Siguiendo á su regimiento, fué á Zaragoza, en donde, segun él mismo refiere, empezó á aficionarse á la poesía (1). Trasladado desde allí á Madrid, estuvo en 1767 en Alcalá de Henares, donde conoció al señor don Gaspar de Jovellanos, todavía muy joven, recién llegado de Asturias al colegio mayor de San Ildefonso. A su ejemplo, y acaso con sus consejos, Jovellanos cultivó despues la poesía con mucho esplendor, segun lo declara él mismo en una epístola en que describe á *Mirco* (el religioso de san Agustín fray Miguel de Miras) los sucesos de su vida (2).

Por estos años estuvo CADALSO embarcado, con tropas á sus órdenes, en la escuadrilla de jabeques que mandaba don Juan de Araoz en las aguas de Gibraltar. También estuvo CADALSO en Salamanca desde 1771 hasta principios de 1774, donde mereció la mayor estimación de los sabios y literatos de aquella célebre universidad, contribuyendo particularmente, con su natural afabilidad, á que los jóvenes que se distinguían por su talento y favorables disposiciones recibiesen aquella instruccion y delicado gusto que tanto habia de influir despues en la mejora de los estudios y en el restablecimiento de nuestra literatura y poesía. Así sucedió con don Juan Melendez Valdés. CADALSO encontró en este joven prendas bastantes para presagiar que podia ser uno de los más insignes poetas de nuestro Parnaso. Tratóle con amistad, y llegó á amarle con tal ternura, que se lo llevó á vivir en su compañía, instruyéndole, no sólo con los buenos libros de la literatura extranjera, sino indicándole los excelentes modelos que debia seguir é imitar en sus composiciones poéticas. El mismo Melendez confesaba sinceramente cuanto debia á la compañía, trato y ejemplos de CADALSO, sin los cuales acaso hubiera seguido el mal gusto de otros copleros y versificadores despreciables (3).

Los que sepan apreciar el alto mérito de Melendez, y conozcan que ha fijado en la poesía castellana una nueva época, por el fondo de doctrina, por el carácter ameno y agradable, por los principios y estudio de la naturaleza, y cuánto influyó en los poetas de aquella edad, podrán calificar lo mucho que se debe á CADALSO en esta ventajosa reforma, y la justicia con que alababa á su joven discípulo. Por estos mismos años mantenía con don Tomas de Iriarte, que le dedicó su traducción del *Arte poética* de Horacio, una correspondencia epistolar en verso, como se infiere de las cartas que éste le escribió en 1774, 1776 y 1777, y se hallan publicadas en la coleccion de sus obras (4). Con igual franqueza y amistad trataba á don Vicente García de la Huerta, á don Nicolas Fernandez de Moratin, al maestro fray Diego Gonzalez, al Marqués del Mérito, á don José Iglesias, todos insignes poetas de su tiempo, celebrando sus obras, y estimulándolos siempre á cultivar la buena poesía y la pureza y hermosura del idioma. La primera obra que publicó fué la tragedia original, intitulada *Don Sancho García, conde de Castilla*, impresa en 1771 con el seudónimo de *Juan del Valle*, y reimpressa ya con el verdadero nombre del autor en 1784. Esta tragedia se representó en el mismo año de 1771, y de ella hizo entonces honorífica mención el señor

(1) Con pecho humilde y reverente paso
Llegué á la sacra falda del Parnaso,
Y, como en sueños, ví que me llamaban
Desde la sacra cumbre y me alentaban
Ovidio y Tasso.

(2) Véase en el tomo XLVI de esta BIBLIOTECA, página 6.

(3) «Si las musas salmantinas no tuvieran una justa vergüenza de parecer ante las hispalenses, yo osaría remitir á usía algunas composiciones ménos imperfectas que las que producía este desapacible terreno ántes

de la venida de *Dalmiro* (CADALSO). Este ingenio, á todas luces grande, me animó á la poesía, y á él debo el tal cual gusto que tengo en ella.»—(*Carta autógrafa de Melendez Valdés*.—Salamanca, 30 de Marzo de 1776.—Es la primera que escribió á Jovellanos, sin conocerle personalmente y movido únicamente por las alabanzas que tributaba á este hombre insigne fray Diego Gonzalez, amigo íntimo de Melendez. Tenía éste á la sazón veinte y dos años.) (*Nota del Colector*.)

(4) Epístolas 1, II, V y XI.

don Pedro Napoli Signorelli en su *Historia crítica del teatro* (1), diciendo que el argumento es trágico, que está tratado con juicio y buen estilo, y bien expresada la pasión de la Condesa, si bien nota y le desagrada la perpétua consonancia de los versos pareados, y el estar poco preparada la violenta propuesta del moro, que pretende de una madre, como prueba de su amor, la muerte de su hijo. Esta tragedia, que (segun Signorelli) es digna de alabanza en su conjunto, no debió ser objeto de la sátira de los copleros, y los cómicos no debían haber dejado de representarla. El mismo escritor nos da noticia de otra tragedia, inédita, de CADALSO, intitulada *Numancia*, que era muy aplaudida de los pocos que la habían leído (2). Este juicio sin duda recibirá algunas modificaciones en el tiempo presente, en que, apreciando el mérito de CADALSO como uno de los restauradores del teatro en esta difícil y sublime composición, se han visto otros dramas del mismo argumento con mejor desempeño y mayor aceptación. En el *Sancho García* de CADALSO se ha celebrado, entre otras, la pintura de las obligaciones de la grandeza, puesta en boca de don Gonzalo en la escena II del acto IV (3).

Al año siguiente de 1772 publicó los *Eruditos á la violeta*, sátira ingeniosa contra los que con cortos estudios y superficial doctrina aparentan saberlo todo; vicio que halló muy propagado en España, y que conoció era una de las causas de que progresasen tan poco entre nosotros los conocimientos útiles, que tanto adelantaban en las naciones extranjeras. Publicó esta obra con el nombre de don José Vazquez, y la aceptación con que fué recibida del público ilustrado le estimuló á dar á luz en el mismo año el *Suplemento*, en el cual insertó varias traducciones de los poetas latinos, franceses é ingleses que habia citado en la lección de poética de sus *Eruditos*, entre ellas la de la famosa relación de la *Fedra*, de Racine, y la del *Funus Passeris*, de Catulo. Entre las cartas de sus discípulos, todas llenas de instruccion saludable, de excelente doctrina, del más puro y ardiente patriotismo, resalta la de un *erudito viajante á la violeta á su catedrático*, porque conocia bien CADALSO que de los viajes hechos por jóvenes superficiales, que no conocen todavía su país nativo, se introducen en él todos los vicios de fuera, y se propagan y autorizan las preocupaciones contra la propia nación. En las *Cartas marruecas*, que dejó inéditas, y se han impreso despues tantas veces, campean el mismo amor patrio y los deseos eficaces de purificar á su nación de aquellos vicios y preocupaciones que con sobrada malignidad sirven de ocasión y apoyo á las invectivas de los extranjeros.

Bajo el mismo nombre de don José Vazquez publicó, en 1775, sus poesías líricas, con el título de *Ocios de mi juventud*, agradecido á la aceptación con que el público recibió las obras anteriores. Había pensado publicar otros escritos sobre diversos ramos de literatura, y comenzó por la poesía, dando un modelo de ser en las materias amorosas modesto y afectuoso, sublime en lo heroico, y agudo y ameno en lo satírico, y presentando un dechado de la fluidez y armonía de la versificación, y de toda la gala, la gracia y el colorido de la poesía, sin que para ello se valiese de las trasposiciones forzadas, ni del uso de palabras anticuadas, ni de aquel estilo cortado que obliga á veces á perder la fluidez y armonía; defectos, por desgracia, harto comunes en algunos de los que últimamente han enriquecido nuestro Parnaso. Esta fué la última de las obras que vió publicadas durante su vida.

Entre tanto siguió los cuarteles y marchas de su regimiento, sin que las ocupaciones literarias le distrajesen de atender preferentemente al buen desempeño de sus obligaciones militares. Hallándose en el Montijo, el año de 1774, enseñó la táctica del célebre Inspector de caballería don Antonio Ricardos Carrillo, á quien debió siempre singular distinción y aprecio, especialmente despues que habiendo pasado revista al regimiento de Borbon en el Casar de Cáceres, lo encontró en el mejor estado de instruccion y de disciplina, bien provisto de armas y caballos, y con mucho orden y claridad en las cuentas de la caja. A este concepto de los jefes superiores correspondía el amor con que le miraban los subalternos y la tropa, que veían en él un padre, que sabia reunir la franqueza y dulzura de su buen trato al interés de corregir sus faltas, de mejorar sus costumbres y administrarles justicia. El mismo señor Ricardos (cuyo voto es de mucho peso en

(1) Conoció CADALSO á Signorelli en la célebre tertulia literaria de la antigua fonda de San Sebastian, adonde le presentó don Nicolas de Moratin, y en la cual leyó sus *Cartas marruecas*. (*Nota del Colector*.)

(2) *Storia critica di teatri ant. e mod.*, lib. III, capítulo VI.

(3) Sempere, *Biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, tomo II, pág. 22.

el asunto) decía, á fines de 1776, en uno de sus informes, hablando de CADALSO: «Este oficial tiene valor sobresaliente, ilustrado talento, ha demostrado suma aplicacion en el desempeño de la sargenta mayor que obtiene, y remediada su conducta de las vivezas de mozo (1), se puede esperar mucha utilidad de su servicio.»

Así hubiera sido si los sucesos de su noble carrera no hubieran frustrado tan lisonjeras esperanzas. La guerra declarada á los ingleses en 1779 llevó á CADALSO con su regimiento al ejército que se formó para el bloqueo y sitio de Gibraltar. La nombradía y buen concepto de este sabio militar le captó la confianza y distincion del general en jefe, don Martin Álvarez de Sotomayor, despues conde de Colomera, quien le nombró desde luego su edecan ó ayudante de campo, y recompensó su mérito proporcionándole, á fines de 1781, el grado de coronel; pero hallándose, por orden del mismo general, en una batería de cañones muy avanzada, llamada San Martin, frente á Gibraltar, en la noche del 27 al 28 de Febrero de 1782, á las nueve y media se vió una granada, disparada de la batería enemiga denominada Ulises, que se dirigia al paraje donde se hallaba CADALSO. Advirtiéronle del riesgo que corria; pero despreciando el aviso con serenidad, y creyendo algunos que pasaba la granada por encima, un caso de ella, que le hirió de rechazo en la sien derecha, le llevó parte de la frente y acabó con su temprana vida. Su pérdida causó un sentimiento general en todo el ejército y en cuantos le conocian y trataban. El gobernador mismo de Gibraltar, que desde antes de la guerra le apreciaba como su amigo, y muchos oficiales ingleses, que habian experimentado su buen trato, noble carácter y vária erudicion, hicieron un duelo muy honorífico en esta ocasion á la memoria de este digno militar español. Pocos sucesos desgraciados han lamentado las musas castellanas con versos más dulces y afectuosos. Don Juan Melendez Valdés (2), don José Vaca de Guzman, el maestro fray Diego Gonzalez, el Conde de Noroña (3), y cuantos eran favorecidos é inspirados de Apolo, entristecieron con acentos lúgubres nuestro Parnaso (4). Todos le reconocian por su maestro y por su modelo y amigo, y bajo estos titulos es difícil encontrar otro que, exento de emulaciones y rivalidades pueriles, haya sabido unir más á los grandes ingenios de su tiempo, dirigir sus pasos á la gloria de la nacion y á los progresos de la literatura, y abrir en España un nuevo campo á la poesia (5).

ADICION A LA NOTICIA BIOGRÁFICA DE CADALSO.

Sólo una tradicion confusa, y en el dia casi enteramente perdida, conservaba hasta ahora la memoria de la peregrina resolucion que tomó CADALSO de hacer desenterrar el cadáver de la interesante actriz Ignacia Ibañez, que llegó á inspirarle una pasion frenética. Aun más que acto de amorosa demencia, la exhumacion hubo de parecer en aquel tiempo criminal profanacion. Apenas bastó la influencia del Conde de Aranda para acallar el escándalo producido entónces. El tiempo y el silencio de los escritores han desvanecido la impresion y hasta la memoria del hecho. A él alude indudablemente Quintana en estas palabras: «Un lance funesto en los afectos juveniles de CADALSO le dió ocasion á exhalar su dolor en sus *Noches lúgubres*.» Quintana conocia las circunstancias del lance funesto; pero siguió la costumbre de ocultarlas por miramientos que hoy dia fueran intempestivos.

(1) Probablemente aludia aquí el Inspector á los ruidosos amores de CADALSO con la comedianta Maria Ignacia Ibañez. (Nota del Colector.)

(2) Sempere, en su *Biblioteca*, artículo *Melendez*, tomo IV, pág. 61, publicó algunas estrofas de esta cancion fúnebre.

(3) Elegía MS.

(4) Quintana escribe de CADALSO: «Él hizo revivir la anacreóntica, que estaba enterrada con Villegas siglo y medio habia.» En seguida aplaude algunas de sus odas eróticas, los bellos rasgos que se encuentran en

su elegía *A la Fortuna*, y en general sus versos cortos.

El abate Marchena, á pesar de la intolerancia de su crítica, dice de CADALSO: «Este autor era indudablemente hombre de talento.» (Nota del Colector.)

(5) Esta noticia, salvo algunas adiciones y modificaciones, que hemos juzgado indispensables, es la misma que se publicó en Madrid al frente de las obras de CADALSO (1803), escrita indudablemente por un contemporáneo del poeta.—La edicion de 1818 es más completa que la de 1803, y contiene todas las obras del autor. (Idem.)

Una feliz casualidad ha traído á nuestras manos la carta, que á continuacion publicamos, escrita, en 1791, por un amigo de CADALSO, la cual contiene explicaciones y pormenores curiosos. Esta carta fué copiada en Cádiz, el año 1824, por don Bartolomé José Gallardo. Tenemos á la vista la copia autógrafa de este eminente bibliógrafo. Su original existia entónces en la biblioteca del lectoral Triánes.

Don Leandro Fernandez de Moratin, en la *Vida* de su padre, da algunas noticias de las conexiones que existieron entre CADALSO y la mencionada actriz. Creemos oportuno reproducirlas aquí:

«Cultivaba por entónces don Nicolas Fernandez de Moratin la amistad del célebre CADALSO. Juntos frecuentaban la casa de Maria Ignacia Ibañez, sensible, modesta, hermosa, jóven actriz, á quien el segundo de ellos amaba con la mayor ternura, y para honor de las que pisan el teatro, era igualmente correspondido. La celebró en sus versos con el nombre de *Filis*, y apenas empezó á llamarse dichoso, lloró su muerte. No quiso *Dalmiro* que su amiga representase la tragedia de *Sancho Garcia* hasta que Moratin la hiciese recomendable al público en el papel de *Hormesinda*.

«Esta tragedia hubo menester toda la proteccion del Conde de Aranda para darla al teatro: tal era la oposicion que tenia la mayor parte de los cómicos á lo que llamaban *estilo frances*... Leyóse la tragedia en el vestuario del teatro del Príncipe. Maria Ignacia no opuso otra dificultad que la de creerse poco hábil para el desempeño de su papel. Vicente Merino, á quien llamaron *el Abogado*, galan de aquella compañía y amigo íntimo del poeta, repitió lo que habia dicho la divina *Filis*; los demas dijeron despropósitos, ó callaron entónces para murmurar despues.»

La *Hormesinda* fué representada en 1770. Al ver CADALSO el feliz éxito de la representacion, y los aplausos que recibia Maria Ignacia, ya no titubeó en dar al teatro su tragedia. «En el año siguiente de 1771 se representó el *Sancho Garcia*, y don Nicolas Fernandez de Moratin celebró en elegantes versos el mérito del autor y el de la interesante actriz que desempeñó, ménos tímida con los aplausos de *Hormesinda*, el papel de la Condesa de Castilla.»

L. A. DE CUETO.

CARTA DE UN AMIGO DE CADALSO SOBRE LA EXHUMACION CLANDESTINA DEL CADÁVER DE LA ACTRIZ MARIA IGNACIA IBAÑEZ.

Amigo mio: Su curiosidad de usted me ha puesto en la precision de indagar vidas ajenas, pues aunque tan amigo de nuestro CADALSO, jamas me confié semejante lance. Últimamente, con noticias de esta parte, presunciones de la otra, memorias de aquí, palabras de allá, y á costa de mucha impertinencia, he conseguido, atando inmensidad de cabos, poder informar á usted de toda la historia, para que, impuesto y hecho cargo del fundamento, pueda usted leer con más conocimiento y satisfaccion ese apreciable manuscrito, inimitable aun al mismo autor, como usted verá.

Concluidas las guerras de Portugal, benefició CADALSO una compañía de caballería en el regimiento de Borbon, á expensas de una crecida herencia, la que desechó, como su genio prometia. Marchó á Madrid por disposicion del excelentísimo señor Conde de Aranda. Entre los encantos de la corte, no fué otro capaz de arrebatarse sino el de la señorita Ibañez, cómica en aquel teatro. No le fué dificultoso el logro de su pretension, teniendo de su parte sus muchos talentos, y sobre todo, una buena prevencion de doblones, opositores á la verdad insufribles. Al fin consiguió su deseo, y con su deseo concluir su dinero, quedando reducido á harta estrechez. Es de advertir que en este tiempo á madama Ibañez la solicitaron el Conde de.... y otros de bastante suposicion; circunstancias para que el desplumado CADALSO parase su vuelo; pero no sucedió así, pues, contra el carácter voluble de su sexo, y á pesar del interes que predomina á las de esta clase, se revistió aquella heroína de un entusiasmo impropio de su estado, y singular en estos tiempos. Despreció los intereses y las interesantes ofertas de sus apasionados, manteniéndole una ejemplar constancia, y diciéndole que quien habia disipado con ella todos sus bienes, no merecia una recompensa cual él se maliciaba; que se desimpresionase de semejante error, y que se convenciese de que siempre sería suya. Tanto enamoró esta inesperable accion el corazon de CADALSO, tanto cautivó su voluntad, y tanto obcecó sus claras luces, que determinó casarse con ella, sin reflexionar las consecuencias de semejante absurdo. Pero ¿á qué no arrastrará una pasion, obligada de un proceder tan fino? Cuasi no pudieran apartarlo de estas locuras las persuasiones de don Juan de Iriarte y otros amigos, á no interponer su autoridad el señor Conde de Aranda. En esta crítica estacion, de resultas de un resfriado, cayó en cama la Ibañez, y su errada curacion ó complicacion de enfermedades motivaron que al tercer dia de cama espirase en los brazos de su amante. ¡Fuerte sentimiento para un pecho tan apasionado! (Ya da esta noticia en la *Primera noche*.) Le perturbó tanto este golpe, llegándole á embriagar de tal modo la reflexion, que casi terminó en demencia. Cierito que, en lo que cabe, admito disculpa su locura. La hermosura, gracia y buen proceder de la

Ibañez se unían á unos superiores talentos (pues parte de los *Ocios de mi juventud*, que intitula CADALSO, son escritos por ella) y á la fineza que le manifestó, esmerándose en manifestarla cuanto más abatido le veía, y áun ayudándole infinito. En mucho tiempo no salía CADALSO de la iglesia, sin moverse de la losa que cubría su memoria sino las horas que le precisaban los sacristanes á salir del templo. Su melancolía, poco alimento, miseria en que vivía á causa de sus muchos empeños, lo condujeron á unos términos deplorables, con indicios de seguir el mismo camino que madama, como deseaba. Últimamente paró su violento dolor en la extravagancia de desenterrar el cadáver; pasó al pié de la letra todo lo que describe en la *Primera noche*. En la *Segunda* diferencian bastante las noticias, pues aunque es evidente el lance de los asesinos y el reconocimiento de la justicia, no lo es la prisión que supone en la cárcel. En esto están unánimes los votos, con bastante fundamento, pues su graduación no permitía semejante tropelía. La *Tercera noche* de su capricho puso en ejecución el irreflexionado intento, pero no llegó á efecto por la vigilancia de varios espías que con esta mira puso el Conde de Aranda, por los muchos indicios que tenía. Últimamente lo encontraron en la parroquia de San Sebastian de esta córte (teatro de esta tragedia); con el mayor sigilo, según las instrucciones que tenían, lo sacaron, como también al sepulturero, de quien sólo he sabido que paró en un presidio, y que tanto á él como á su familia socorria CADALSO en todo lo necesario. Después de unas sábias y bien fundadas reconvenções, lo desterró el señor Conde de la córte (1), y recientes estos lances, compuso el papel que con tanto motivo usted aprecia. Un amigo de mi regimiento le estorbó que siguiese su composición, advirtiéndole que tenía su memoria fija en aquel irremediable sentimiento, y que su salud en nada mejoraba; lo consiguió, y disipada la melancolía, quiso concluir, á instancia de varios amigos, su obra empezada; pero le fué imposible seguir el mismo estilo, confesando que aquella obra era sólo hija de su sentimiento. Corren varias conclusiones de la *Primera noche*, pero todas diferencian del primer sentido. Ha de advertir usted que *Virtelio* era su barbero; en las poesías, *Dalmiro* es don Juan de Iriarte; muchos de los versos conocerá usted, por el asunto, se hicieron á la vida y muerte de la Ibañez.

Hasta aquí he conseguido indagar. Me parece haber llenado mi encargo, y así solicito la recompensa de usted, que será proporcionándome ocasiones de servirle, y no dudando de la verdadera amistad de su amigo y seguro servidor. — M. A. — Ag.º (sic) D.º Ca.º

(1) El juez de la *Noche tercera* es el Conde de Aranda. (Nota del Colector.)

POESÍAS.

REFIERE EL AUTOR LOS MOTIVOS QUE TUVO PARA APLICARSE Á LA POESÍA, Y LA CALIDAD DE LOS ASUNTOS QUE TRATARÁ EN SUS VERSOS.

Caro lector, cualquiera que tú seas, que estos mis ocios juveniles veas, no pienses encontrar en su lectura la majestad, la fuerza y la dulzura que llevan los raudales del Parnaso, Mena, Boscan, Ercilla, Garcilaso, Castro, Espinel, Leon, Lope y Quevedo: no ofrezco asuntos que cumplir no puedo. Sé que el mortal á quien benigno el hado la morada de Pindo ha destinado, halla en su cuna la sagrada rama con que se sube al templo de la fama. Tanta dicha á los cielos no he debido, bajo tan fausto signo no he nacido. En falsas córtés y en malicia fiera de mi vida pasó la primavera; jamás compuse versos hasta el día que me dejó la estrella más impía a mi pena y rigor abandonado, objeto débil del rigor del hado, y con amor y ausencia, mal más fuerte que cuantos he nombrado y que la muerte. Entónces, por remedio á mi tristeza, de Ovidio y Garcilaso la terneza leí mil veces, y otros tantos gozos templaron mi dolor y mis sollozos. Huyendo de los hombres y su trato, que al hombre bueno siempre ha sido ingrato, sentado al pié de un álamo frondoso, en la orilla feliz del Ebro undoso,

¡Cuántas horas pasé con los sentidos en tan sabrosos metros embebidos! ¡Ay, cómo conocí que en su lectura derramaban los cielos más dulzura que en el divino néctar y ambrosia! Mi tristeza en consuelos convertía, y mis males yo mismo celebraba por la delicia que en su cura hallaba; así como se alienta el peregrino cuando encuentra con otro en el camino, y con gusto el piloto al mar se entrega si otro con él el mismo mar navega; como se alivia el llanto si un amigo de nuestras desventuras es testigo; así los tristes versos que leía templaban mi fatal melancolía, hasta que en ellos me dispuso el cielo de todo mi dolor total consuelo. Así mi alma al Pindo, agradecida, cultivarle juró toda la vida. Con pecho humilde y reverente paso llegué á la sacra faldá del Parnaso, y como en sueños, vi que me llamaban desde la sacra cumbre, y me alentaban Ovidio y Taso, á cuyo docto influjo mi nimen estos versos me produjo: todos de risa son, gustos y amores. No tocaré materias superiores; de los supremos dioses y los reyes la oscura voz y las secretas leyes; los arcanos, enigmas y misterios; no digo con osados versos serios; antes con más sencillo y bajo tono celebro la cabaña y dejo el trono.

Ya canto de pastoras y pastores
Las fiestas, el trabajo y los amores;
Ya de un jardín que su fragancia envía
Escribo la labor y simetría;
Ya del campo el trabajo provechoso,
Y el modo de que el toro más furioso
Sujete al yugo la cerviz altiva,
Y al hombre débil obediente viva;
Ya canto de la abeja y su gobierno
Y el dulce tono del jilguero tierno.
No mido, con inútil osadía,
Cuánto anda el astro que preside al día,
Ni celebro vilmente á los varones
Funestos á la paz de las naciones.
Matar los hijos, degollar las madres,
Violar las hijas, afrentar los padres,
Lleven al hombre al templo de la gloria,
Al toque de clarín de la victoria;
Pero jamás con versos inhumanos
Héroes he de llamar á los tianos.
Y di, lector: ¿acaso nos importa
(Pues la vida es tan frágil y tan corta)
Que Febo dé su vuelta concertada,
Siendo la tierra la que está parada,
O que, parado el sol, la tierra suelta,
Al rededor de Febo dé la vuelta;
Ni que el piloto audaz y codicioso
Busque nuevos caminos al ansioso
Navío, y que dispute si es posible
Hallarlos por el paso inaccesible
Hacia el norte de Asia no cursado,
O si es mejor el paso acostumbrado
Por donde los gigantes patagones
Admiran los castillos y leones
En las popas de naves españolas,
Cuando surcan aquellas bravas olas?
No leas con temor. Ni voz, ni idea
Verás en mí que indecorosa sea,
Ni ofenderé al pudor más recatado.
Podrá decir mis versos sin cuidado
El labio virginal, sin que ofendidos
Deje mi blando nimen sus oídos.

DECLARA EL AUTOR SU AMOR Á FÍLIS.

No canto de Numancia y Sagunto
El alto nombre ni la envidiable gloria,
Que ninguna nación tiene en su historia,
No elijo por asunto
El noble ardor del portugués famoso,
Que con el traje de infeliz villano
Puso freno afrentoso
Al grande orgullo del poder romano.
Ni de Pelayo canto las acciones
Con que domó las bárbaras naciones
A España conducidas,
Y en ella mantenidas
Por codicia africana,
Por venganza inhumana,
Y porque estaba España deliciosa
Sepultada en el lujo, desidiosa.
Ni tocaré con nimen elevado
La prudencia, virtud, valor y saña
Del valiente extremeño
Que con glorioso empeño
Al terreno envidiado
Llevó las armas de la invicta España.
Ni canto á Carlos Quinto, aquel guerrero
Que prendió de la Francia al Soberano,
Venció al francés y castigó al germano
Y al africano fiero.
Ni al noble hermano de Felipe Augusto,
Que en el mar de Lepanto,
Con grande estrago y susto,
Puso cadena al Turco, al orbe espanto.
Ni de Alvaro Bazan, de quien ingleses
Y turcos y franceses
Conservarán impresa la memoria,
Contando en cada acción una victoria,
Ni el brío más que humano
Del Cid Diaz, soberbio castellano,

Que con su lealtad, fuerza y prudencia,
Deteniendo la rueda á la fortuna,
Las armas de su rey puso en Valencia
Sobre la media luna,
Ni las hazañas y virtudes raras
De Córdoba, Navarros y Pescaras,
Carpíos, Verdugos, Vargas, Mondragones,
Con la turba inmortal de otros varones.
Nobles abuelos nuestros, y soldados
En España nacidos,
En Italia y en Flándes conocidos
Y por el orbe entero respetados,
Sin que la envidia de la gente extraña
Pueda negar su gloria á nuestra España,
No fué á mi musa dado,
Con el horrendo són del bronce herido,
Cantar como sagrado
El guerrero rigor, grato al oído
Del que entre sangre, robo, rapto y furia,
A la infeliz humanidad injuria.
Mi lira canta la ternura sola;
Apolo me la dió, Venus templóla,
Y áun ella preludivió mi dulce acento,
Que al céfiro paraba por el viento,
A las aves sacaba de sus nidos,
Al hombre enajenaba sus sentidos;
A sus sonoras voces
Se amansaban los brutos más feroces,
Y las mismas deidades elevadas
Quedaban con sus ecos encantadas.
Con tal impulso tu favor no imploro,
Familia docta del castalio coro;
Divinas nueve hermanas,
No os pido aquellas fuerzas soberanas
Con que Homero cantó del griego armado
Y del cielo en dos bandos separado,
Las iras y el rencor. Musas, no os pido
El nimen escogido
Con que cantó Virgilio al pío Enéas,
Por entre incendios y horrosos teas
Sacando padre, dioses, hijo, esposa
De Troya lastimosa;
Venciendo vientos, mares y enemigos
Hasta fundar á Roma.
Diverso vuelo toma
Mi pluma, que al amor he dedicado;
Porque en metro mezclado
De gusto y de tristeza
Celebro de mi Fílis la belleza,
Y temiendo del hado los vaivenes,
Canto su amor y lloro sus desdenes.

FRUTO QUE DESEO SACAR DE MIS POESÍAS.

Horacio con sus versos aspiraba
De la inmortalidad á la alta cumbre;
En ellos fabricaba
Mansion para su nombre, y discurría
Que al tiempo vencería,
Y que la muchedumbre
De días y de meses y de edades
De las posteridades
Sería, con su nombre comparada,
Lo que es la tierra, de hombres habitada,
Respecto de los astros que miramos
Y de los que ignoramos
En esa inmensa esfera.
Pero mi musa, menos altanera,
Sin aspirar á que sus poesías
Sean doctos objetos
Allá en lejanos días,
Cuando vivan los hijos de mis nietos,
Solamente desea
Que en estas hojas mi consuelo vea
En el mar de la suerte en que navego,
Cual pasajero ciego
Y tímido, ignorante
Del rumbo, de las costas y del viento,
Y del mudable y bárbaro elemento,
Temiendo á cada instante
Hallar segura muerte,